

EL URUTAÚ (*) O CACUÍ EN CAUTIVIDAD

Por PEDRO SERIÉ

A mediados de Abril del año anterior los diarios y revistas de la capital anunciaron y comentaron ruidosamente la llegada de un huésped extraño, de vida misteriosa y legendaria, traído de las selvas santiagueñas al bullicio de la metrópoli.

Se trataba del famoso urutaú, o cacuí (*Nyctibius griseus cornutus*) caprimulgido propio de las regiones del norte, que suele llegar por excepción hasta la provincia de Buenos Aires. Como todos sus congéneres de hábitos nocturnos, difícil de capturar vivo y más aún de mantener en cautividad, por lo que es poco conocido y siempre objeto de curiosidad.

Su presencia fué durante varios días tema de actualidad palpitante y su silueta ampliamente reproducida. Se recordaron sus fantásticas hazañas, las leyendas y supersticiones que ha motivado y su papel destacado en el folklore del norte, ya mencionado por Azara, y otros autores, entre los cuales Lehmann-Nitsche, en EL HORNERO, II, p. 277 y IV, p. 168 y 307.

Como se sabe, esta ave que mide unos 40 centímetros de largo, es singular en todos sus aspectos: por un plumaje abigarrado y su forma grotesca, su enorme cabeza de batracio, provista de una boca desmedida, su vida nocturna y oculta, su hábito de nidificar en el extremo de un tronco quebrado, sobre el que permanece apoyada, inmóvil y rígida, confundiéndose con él, y sobre todo por su grito raro e indefinible, que es como un lamento o ulular impresionante.

Una casualidad me hizo conocer al dueño de éste ejemplar, el Sr. Luís F. Gómez, quien acudió al Museo en procura de la verdadera clasificación del ave, cuya identidad ponían en duda algunos incrédulos.

Así me fué posible examinarlo detenidamente en varias ocasiones, fotografiarlo y anotar algunos datos que me facilitó gentilmente el Sr. Gómez.

Le fué enviado, aún pichón, por su hermano Sr. Eduardo C. Gómez, residente en Santiago del Estero, habiendo sido encontrado en los primeros

(*) La etimología de «urutaú» permanece un tanto obscura y de ahí la duda y divergencias acerca de su verdadera ortografía y fonética. Según Barbosa Rodríguez habría dos versiones tupí-guaraní: una sería «uira-taub» (ave fantasma); y la otra «yarú» (boca), y «tahy» por «cai» (ensanchada). En el Brasil se pronuncia «urutáu», mientras que en el Paraguay y Argentina es más usual «urutaú». En quichua esta misma ave se llama «cacuí» o «cacuy», nombre probablemente onomatopéyico.



FIG. 1. — Caprimúlgido, « Urutaú » o « Cacuí » (*Nyctibius griseus cornutus*), en su postura habitual de descanso.

días de enero en su nido, ubicado en el extremo de un gajo de quebracho blanco, en el Cerro de Guasayán (Depto. de Choza). El nido consistía en un simple hueco, desprovisto de cualquier material blando. En esta ciudad fué alimentado exclusivamente con carne cocida, picada y mezclada con lechuga.

Pude observarlo en el Museo a fines de Abril, ya con su librea de adulto,



FIG. 2. — Urutaú, en su actitud característica de alarma, provocada por las notas de una armónica.

de coloración muy poco diferente de los especímenes conservados en las colecciones, salvo la cola bastante más corta, algo gastada por el roce y por haber sido evidentemente cortada hacia la mitad, sin duda con el fin de usar las plumas como amuletos, lo mismo que se hace con las del caburé. La cabeza y la nuca eran de un pardo oscuro, formando como un capucho prolongado en punta hacia el centro del dorso. Las alas, de un matiz ce-

niciento abigarrado, con las plumas negras en su extremidad, y los codos pardo negruzco intenso. El pecho y garganta pardos, con manchones negruzcos, formando como un color poco definido. La region ventral de un gris ceniciento. Los ojos, con el iris amarillo limón, y la pupila muy dilatada. El párpado superior dentado, con 3 lóbulos, siendo más ancho el central (fig. 1).

De día permanecía inmóvil, en la postura habitual que representa la foto, pero cuando oía algún ruido cercano o intenso, como el piano u otro de la calle, se erguía lentamente estirando el cuello y manteniendo esa misma y curiosa actitud (fig. 2) durante algunos minutos para volver después insensiblemente a su forma normal.

Era fácil provocar en él este movimiento tocando un pequeño instrumento musical, como la armónica, cuyas primeras notas le hacían adoptar en seguida esa actitud espectante, de duración suficiente como para fotografiarlo.

Es inculdable que tal manifestación, espontánea en ésta ave, está vinculada con su instinto de conservación, pues ésta forma especial de reaccionar ante el ruido, que es peligro desconocido, acentúa su mimetismo con el tronco en donde está posada y hace difícil descubrirla.

Durante la noche seguía demostrando alguna agitación batiendo las alas.

Conocía a sus cuidadores e intentaba jugar, picoteando los dedos. Se dejaba acariciar la cabeza, pero no le agradaba que se le tocara la cola ni las alas. No llegó a emitir grito alguno, siro un débil cacareo cuando se le molestaba.

En el mes de Octubre seguía con el mismo régimen y hábitos. Le crecieron dos plumas caudales que luego se rompieron. Continuaba su agitación nocturna y trataba de gritar. Cuando comía despacio volvía a deglutir; y de vez en cuando parecía que se tragaba algunas moscas que venían a molestarlo. La caída de un objeto en la habitación le hacía abrir el pico, pero sin asustarse ni producir otro movimiento. A veces daba vuelos cortos y torpes, golpeándose contra las paredes.

Murió el 6 de Diciembre último, después de casi un año de cautividad, probablemente a causa de la crisis de la muda de plumaje, y no obstante todos los cuidados. No había llegado a comer solo, aunque trataba de atrapar la comida al vuelo, que a veces se le tiraba desde lejos.

Fué obsequiado al Museo, en cuyas colecciones se exhibe.
